

En la calle Caldereros vive el matrimonio formado por Justina Serrano y Antonio Muñoz, ambos de más de ochenta años, en los que confluyen estos dos oficios. No los han continuado ninguno de sus hijos (Alfonso, Antonia, Justina y Francisco Javier).

Al hablar con ellos, los recuerdos nos llevan al pasado y Justina me relata cómo su padre, León Serrano, “el tío Galo”, después de cumplir la jornada en el campo o en los días que no había tal tarea, recorría las calles con las sillas acuestas y entonando su pregón ¡“El silleteero”!, ¿Hay alguna silla roota...? Vivíamos en el Callejón de Oriente. Mi madre, Vicenta, ayudaba y hacía mil cábalas para sacar adelante la casa y mi padre echaba pacientemente asientos, reparaba palos o hacía sillas nuevas para un ajuar: dos sillas para la alcoba, cuatro para el comedor, dos sillas bajas para la cocina y una más bajita para coser, esto era la dote, me explica Justina.

También me relata el trabajo en el torno manual haciendo palos torneados, para formar las sillas que aún podemos encontrar en las casas de nuestros padres. Me cuenta que sus abuelos Lorenzo Serrano y Justa Álvarez ejercieron el oficio y sobre todo destacó el cariño y el amor que su padre tenía a su profesión.

Los hermanos de Justina: Victoria, Juan y Agustín no continuaron el oficio de su padre. Sí lo aprendió y ejerció su marido Antonio Muñoz, que lo ha realizado hasta el día de hoy.

“Por el último asiento que eché cobré dos mil pesetas”, dice.

Me muestra las sillas de su casa y me cuenta el proceso de cómo echar un asiento: recogida de la espadaña, secado, mojado, tejido y cómo poner las tablas y palos que sustentan el asiento...

-Aprendí este oficio de mi suegro, pero mi verdadero oficio ha sido el de pescador, oficio que aprendí de mi padre Francisco Muñoz Sanz y que a su vez éste había aprendido de su padre Aquilino Muñoz, mi abuelo. Yo continué el oficio cosa que no hicieron mis hermanos Pablo, Emiliana y Pilar.

El Tajo, que tanta vida ha dado a nuestro pueblo, ha proporcionado pesca de la que vivían numerosas familias: “Pajareros”, “Alochos”, “Mazantines”, “Boleros”, “Bolas”, “Pistola”, “Cucala”, Félix “El Pollo”, “Perico Barrena”... En alguna ocasión, me cuenta, que cuando tiraban la red (recilla), en la pesca de arrastre, se juntaban en cuadrillas de quince a veinte y en algunas ocasiones llegaban a reunirse más de cincuenta personas. En otras ocasiones iban a pescar por parejas en las barcas. Usaban la modalidad de pesca con esparavel, trasmallo y butrones, que

conservan en su casa y que fabricaban ellos mismos, con el material que les traía Juan Moreno, cobrador del coche de Toledo: cuerdas, corcho, plomo... Las barcas las hacía el carpintero Paco Moratino.

Del Tajo pescaban barbos, carpas, bogas, tencas y anguilas. Estas últimas las extraían lanzando cuerdas con numerosos anzuelos que dejaban con el cebo durante la noche y recogían a la mañana siguiente. También cogían camarones con manguillas especiales.

En ocasiones la gran dificultad y riesgo estaba en el enganche de los útiles de pesca teniéndose que lanzar al agua para desenredar los aparejos y máxime cuando había crecidas en el río.

“Siempre pescábamos con miedo...” Antonio me explica que la mayoría de las veces eran sorprendidos sin licencia porque había gran dificultad en su adquisición, bien por el coste, que no podían sufragar, o porque tenían que desplazarse a Toledo y no contaban con los medios de transporte.

La mercancía había que venderla para obtener los beneficios de tanta fatiga, Justina recorría nuestras calles y a la voz de, ¡peces vivos, mujeres! anunciaba su producto. No sería mucho lo recaudado pero constituyó una fuente de ingreso para numerosas familias de La Puebla.

Antonio y Justina han dado testimonio de dos de los oficios desaparecidos en nuestra localidad. Nos han hecho recordar pregones y personajes de tiempos pasados.

